

PROLOGO

PANORAMA DEL CINE Y PANORAMA DE LA EDUCACION

El cine y la educación son dos actividades diferentes que después de recorrer caminos distintos, porque su origen fué dispar, se han encontrado y han llegado a tener coincidencias parciales; de tal suerte que hoy es tan ilegítimo al pedagogo desconocer el valor del cine cuanto al cineasta desconocer su trascendencia educativa.

Adviértase que al hablar del cine no me refiero al llamado cine educativo, sino al cine sin adjetivaciones, es decir, a ese espectáculo de valor universal en los tiempos actuales.

DISPARIDAD DE ORIGEN

Para apreciar la disparidad de origen en el cine y en la educación basta recordar los comienzos de uno y otra.

El cine empezó por ser un puro entretenimiento, tanto por la aparente banalidad del trabajo de sus inventores cuando por sus primeras aplicaciones como noticiario apropiado para ese público abigarrado de las ferias y diversiones populares. La educación, por el contrario, empezó por ser una seria función que se realizaba en el íntimo círculo familiar y del cual trataban los graves libros de Ética y de Política.

Respecto del sujeto a quien hace referencia el cine o en quien se realiza la educación, se advierte en seguida que el cine se dirige a una multitud, mientras que la educación comenzó por ser algo atañente sólo a los medios aristocráticos de la Humanidad. En el cine, la consideración del hombre concreto desaparece en globada en la masa que acude al espectáculo, mientras que en la educación es condición previa la mirada al hombre singular.

En cuanto al productor, en la actividad cinematográfica aparece la peculiar actitud de industrial que manipula las cosas para lograr resultados materiales y que considera a los hombres como factores o consumidores de los productos de su actividad. El empresario del cine ejerce una industria, y su interés está despegado del interés de los que han de ver el cine. Si éstos importan es por su calidad de posibles espectadores, que, mediante una contribución económica, justificarán el trabajo del productor, haciendo que éste alcance el fin que se propuso con su trabajo; incluso en el caso de

los escritores, artistas y técnicos que pueden suponerse no trabajan únicamente con fines económicos, el interés está primariamente en ellos mismos, y si piensan en los espectadores lo hacen únicamente considerando que el público, bien el público masivo, bien el público selecto y entendido, es el que puede dar la razón y extender la resonancia de la obra artística o técnica que realizaron.

En la educación, por el contrario, el educador actúa teniendo presente el interés del educando, y así la más natural de las actuaciones educativas, la que realiza el padre o el maestro de vocación, ha de situarse primariamente entre las actividades desinteresadas, lo cual vale tanto como decir que el ser educador presupone el olvido de sí mismo para entregarse a otro (1).

El cine busca al espectador para lograr su finalidad, la del cine; la educación busca al educando para hacer que éste alcance su propia finalidad.

Metidos en el terreno de los fines también son dispares los del cine y los de la educación. El fin primario del cine es la distracción, lo cual vale tanto como decir que pretende arrancar al sujeto de sí mismo y sacarle hacia cosas exteriores. El fin de la educación es la perfección del educando; a poco que reflexionemos sobre lo que la perfección humana es, nos encontraremos con que exige una entrada del hombre dentro de sí mismo.

Distracción y perfección están muy cerca de lo que en esencia son cine y educación. Cuando nos distraemos salimos de nosotros mismos, mirando hacia algo externo: la distracción suele ser espectáculo como el cine. Por el contrario, la perfección incluye una actividad humana, y hasta pudiéramos decir inmanente; en lugar de espectáculo es operación.

CAMINOS DE APROXIMACIÓN

Mas el cine y la educación, sin perder sus caracteres originales, han ido evolucionando en dirección convergente; la razón de tal convergencia no es otra, a mi modo de ver, que la cualidad con que ambos se adjetivan: su humanidad. Aun cuando diferentes por ser el primero espectáculo y por ser operación la segunda, se unifican parcialmente porque el uno es espectáculo humano y la otra es operación humana.

Y aún pudiera encontrarse una más honda razón de convergencia si pensamos que, aun cuando espectáculo y operación sean en sí cosas distintas, la más alta operación humana es la contem-

(1) Véase V. García Hoz, "Sobre el Maestro y la educación". Madrid, 1944.

plación. Parece una cabriola demasiado atrevida hablar de que la contemplación, refiriéndose al cine, sea la más alta operación humana. Es verdad que nuestro viejo Aristóteles puso la perfección y la felicidad humana en el acto conforme con la virtud de la mejor parte de nuestro ser, en la contemplación en cuanto actividad intelectual (2), mientras que el cine no pasa de ser primariamente una contemplación de tipo sensible. Sin embargo, bueno es anotar que el cine se ha desarrollado en esta época en la que predomina el activismo y que parece adecuado como espectáculo compensador de la actividad de la juventud y de la del hombre de hoy. ¿No podría ser un comienzo de otra actividad más alta este reposo que la contemplación de una película impone en el agitado vivir de cada día?

Por otra parte, el carácter humano del cine y de la educación se pone de manifiesto en dos notas comunes que hacen referencia al fundamento objetivo y al fundamento subjetivo del cine y de la educación.

El fundamento objetivo o el contenido de una película no es más que una historia narrada por medio de imágenes. Una gran parte del contenido de la educación se encierra en el ejemplo. El cine empieza a influir cuando la historia que en la película se narra es ejemplar en un sentido o en otro. Y el ejemplo, ¿no es de alguna manera historia gráfica también?

La palabra es algo sobreañadido al cine, que quizá completa su comprensión por parte del espectador, pero que no es esencial al espectáculo cinematográfico cuya formalidad consiste en ver el movimiento. Al ejemplo le ocurre otro tanto; basta con que esté delante de quien le contemple para que ejerza su influjo.

También se da una enseñanza en el cine, como se habla igualmente de la enseñanza del ejemplo; mas la enseñanza, como contenido educativo, va directamente a la formación y enriquecimiento intelectual mientras que el ejemplo incide directamente en la formación moral; la mayor cercanía del cine al ejemplo tal vez sea un indicio de que el espectáculo cinematográfico está más ligado a la formación sentimental y moral que a la intelectual.

El fundamento subjetivo del cine y de la educación tiene igualmente una nota común: el interés. El interés del público es esencial al cine y el interés del educando es esencial a la educación.

Adviértase que no hay contradicción entre lo que acabo de afirmar respecto del interés del público y lo que dije anteriormente de que el público sólo interesaba de un modo secundario. Es verdad que el interés del público aparece de un modo secundario en la actividad cinematográfica, porque no es fin de los que intervienen en la

(2) Aristóteles, "Ética de Nicómaco", I, X, C. VII.

producción cinematográfica. No obstante, sin interés del espectador no habría espectáculo, lo mismo que sin interés del educando no podría realizarse la educación.

Tal vez, para aclarar la relación del interés del espectador con el productor de una película, sirva mucho la distinción clásica entre el *finis operis* y el *finis operantis*; el interés del espectador no es un fin del operante, del productor, pero necesariamente ha de ser fin de la película; ésta se realiza para que interese. En la educación el interés del educando es fin de la educación y también del educador. En cuanto al *finis operis*, educación y cine coinciden en pedir interés. Cuando el cine y la educación interesan, se meten en el alma del sujeto, existen en toda su hondura y en todas sus consecuencias.

El cine se ha acercado hacia la actividad educativa porque el entretenimiento y la distracción vienen a satisfacer una necesidad humana. La vida es demasiado dura y el trabajo excesivamente pesado para la limitación del hombre, que necesita algún reposo a fin de poder dedicarse después a trabajar de nuevo; aunque el ocio no sea un fin de la vida es una necesidad y existe precisamente en función del trabajo que se ha de realizar más tarde.

Resulta, por consiguiente, que el cine en cuanto distracción no se halla demasiado lejos de lo que pudiera llamarse actividad "seria" del hombre; mas aún, puede concebirse en función de ella.

Por otra parte, el espectáculo cinematográfico no se halla únicamente en la sobrehaza de la vida, como a primera vista parece; el cine no es algo superficial comprendido en los rayos luminosos que van desde la vista a lo que se ve, sino que determina una incorporación del espectador a la trama, como más adelante he de demostrar (3). He aquí por dónde vemos al cine acercándose a la educación, ya que camina desde las capas superficiales de la vida sensible hasta la hondura de la vida afectiva.

Recíprocamente, la problemática de la educación ha ido evolucionando hasta acercarse a temas y actuaciones en los que el cine también tiene algo que decir.

De la seriedad propia de los problemas éticos y políticos en los que se planteó la educación hemos llegado a la actual situación de la Pedagogía, en la que el juego ocupa una situación preeminente dentro de los temas y actividades educativos. El juego se considera, aparte de su valor indicial en el campo psicológico y especialmente en la psicología infantil, como indispensable elemento de formación: de una parte, los llamados juegos educativos (aunque de ellos habría mucho que hablar) o los deportes figu-

(3) Véanse en este mismo número: *Influencia real de un arte de ilusión*.

ran en el marco de las actividades de toda institución escolar; por otra parte, las distracciones y diversiones son un extendido y apasionante problema en la formación extraescolar de la juventud.

Si, además, se tiene en cuenta que la perfección del hombre no se halla en determinadas situaciones y actos extraordinarios, sino en el perfecto acabamiento de los actos ordinarios, en los cuales pueden ponerse en juego sus facultades más elevadas, habremos de concluir que también se puede hablar de una perfección humana en esa vulgar necesidad que se llama la distracción. Si entre las diversiones y los juegos tiene un sitio el cine, dicho está con ello que el cine tiene un puesto dentro de la problemática pedagógica.

También podemos ver un acercamiento de la educación al cine en el camino seguido por aquélla, desde ser tarea sólo aplicable a una cierta aristocracia hasta convertirse en una necesidad popular, y desde ser algo que se realiza en el seno de la familia o de alguna institución privada hasta llegar a ser una función pública. La educación (y hablo ahora de la educación en su más estricta manifestación, la educación escolar) ha pasado a ser, especialmente del siglo xvii hasta ahora, una tarea multitudinaria, cuyas manifestaciones sociales alcanzan a todos los aspectos de la vida, dejándose, recíprocamente, influir por ellos; de esta influencia de la vida sobre la educación participa el cine, y tal participación justifica el interés que las sociedades educadoras tienen por el espectáculo cinematográfico.

LOS EDUCADORES RESPECTO DEL CINE

Dos actitudes adoptan los educadores respecto del cine: pasiva y activa.

Llamo actitud pasiva a la preocupación de los padres por las películas que sus hijos pueden ver, a la preocupación de la Iglesia por la influencia moral que el cine ejerce y a la preocupación del Estado por la relación que las cintas cinematográficas pueden tener en el orden político y social. La actitud pasiva tiene su manifestación más clara en la censura.

La censura se ejerce de un modo oficial y ostensible por las sociedades como el Estado, la Iglesia y las organizaciones sociales con preocupación moral y religiosa; también se ejerce la censura, aunque no se le dé ese nombre, en el seno de una familia o de una entidad educadora que regula la asistencia de sus miembros al cine teniendo en cuenta el valor de las películas en orden a la formación humana.

Junto a la actitud pasiva, a que acabo de aludir, se adopta fren-

te al cine una actitud activa, que se manifiesta en el deseo de utilizarle como medio de propaganda y de apostolado. Todo el esfuerzo de los Estados modernos por orientar el cine con arreglo a las formas políticas imperantes en cada Estado, todo el esfuerzo de la Iglesia por utilizar el cine como medio de difusión de ideas y sentimientos religiosos, y todo el esfuerzo de las entidades privadas por hacer que el cine sirva a los mismos fines que persigue la entidad, son manifestaciones de la actitud activa frente al cine, que se traduce en un deseo de intervención creciente en la producción y distribución de películas.

CINE, VIDA Y TIEMPO.

El público toma del cine solución a los problemas de su vida, ya sea imitando conscientemente la "pose" física y moral de la "estrella", ya empapándose inconscientemente del concepto de la vida y de las costumbres que se presentan en la pantalla.

He aquí por donde el cine se nos presenta parejo a la educación, cuya característica actual más acusada es la de estar al servicio de la vida.

Si para terminar hacemos alusión, aunque sea rápida, al tema más hondamente humano, el tiempo, veremos que hincan sus raíces de un modo semejante en el cine y en la educación.

Fijándonos en el tiempo, definido y corto, de una película nos encontramos con que en la historia narrada en una película el futuro es el tiempo fundamentalmente importante, porque el interés del público se mantiene principalmente por la *expectación* por la espera de lo que va a ocurrir. Todos sabemos, por otra parte, que la educación sólo existe en función de un futuro. La *expectación* de la vida que el educando ha de vivir es la que da sentido a la educación.

Si hacemos objeto de nuestra atención, no al tiempo de una película, sino a la vida humana entera en relación con el interés que el cine despierta, tal vez nos encontremos con que el tiempo va echando su pesadumbre en el interés por el cine, como va echando su pesadumbre en la ductilidad educativa del hombre.

Resulta interesante considerar al cine en posición paralela a la del ojo humano. Este, tantas veces nombrado como ventana abierta al exterior, se presenta más abierto, con mayor altura en el orificio palpebral, en la medida en que nos interesa el espectáculo de nuestro alrededor.

El niño tiene los ojos muy abiertos porque la misión de la infancia es la conquista perceptiva del mundo circundante. Pero a medida que decrece el interés, porque el mundo no resulta tan in-

interesante como pudiera esperarse, va gradualmente disminuyéndose la abertura del ojo hasta llegar a la vejez, en la que el descenso del párpado superior da a los rostros seniles una clara expresión de cansancio y desinterés por el exterior.

El cine es principalmente una ventana del mundo físico y sentimental; de aquí el que se tenga el máximo interés por el cine en la época infantil y juvenil, decreciendo normalmente a medida que los años pasan.

Tal decrecimiento del interés por el cine como espectáculo o distracción para uno mismo, se explica bien porque resultan demasiado lejanas las historias y la vida del cine para interesarse por ellas cuando se ha perdido la fantasía y las esperanzas juveniles, bien porque se siente más jugosa la reflexión sobre la vida interior y la vida cercana de la familia o de los amigos.

Parece que el cine interesa en la medida en que se es impresionable; de un modo semejante se es educable en la medida en que se es receptivo. bien entendida esta palabra; por donde podemos terminar que cine y educación son cosas de toda la vida, pero se presentan con más lozana y fuerte influencia en los primeros años del hombre.

VÍCTOR GARCÍA HOZ

Catedrático de la Universidad de Madrid.